

DOSSIER. Manuel D. Romero Rodríguez

Hola, soy Manuel Romero, becario de la Caja de Arquitectos que realizó las prácticas en el estudio de Cruz y Ortiz en Sevilla. A continuación voy a contar la experiencia vivida en estos seis meses, desde Febrero hasta Julio de 2011.

Aunque todavía no había finalizado la carrera, llevaba ya trabajando tres años en un estudio en Madrid, donde ya había adquirido mucha experiencia por lo que en cierta medida ya conocía el funcionamiento de una oficina de arquitectura. Pero nunca había estado en un estudio de tal renombre, por lo que los días anteriores tenía cierto nerviosismo, no por miedo sino un poco por la incertidumbre de lo que me esperaba allí y por las ganas que tenía de empezar y comprobar si estaba a la altura.

Días antes de empezar la beca hice un viaje a la ciudad para ver los pisos que había encontrado por Internet. En Sevilla ya había estado antes, con unos diez años, pero a penas recordaba la ciudad, sólo la Catedral y la Giralda, sus alrededores y los Jardines del Real Alcázar. Al llegar, como suele ocurrir cuando llegas a una nueva ciudad, todo era algo extraño, un poco hostil. Estuve toda la mañana viendo los pisos, los cuales o estaban ya alquilados, o eran caros o no me gustaban, por lo que tuve que dirigirme, con cierto grado de desesperación, a un locutorio para buscar más anuncios. Allí conseguí varias citas para visitar apartamentos así que la tarde volví a pasármela viendo pisos y de nuevo ninguno se ajustaba a mis pretensiones. Llegaron las 9 de la noche y fui al edificio donde se encontraba el último piso que iba a visitar aquel día. Era en la calle Santiago, en el caso antiguo de la ciudad, por lo que era buena zona ya que a parte quedaba a 15 minutos andando del estudio. Cuando llegué me encontré un edificio muy poco común exteriormente, parecía un convento o una antigua cárcel. Era un edificio de gran superficie, de dos altura más la planta baja, de grandes muros donde se habrían pequeñas ventanas, y en la parte central de la fachada principal se situaba el gran portón de acceso. Tenía algo de encanto, pero una pinta horrible. El casero llegó, y tras los oportunos saludos y presentación se dispuso a abrir la puerta de acceso y entonces surgió la sorpresa. El vetusto y modesto edificio era en realidad un corral, escondiendo en el interior un precioso jardín al que se abrían las viviendas. Subimos a la primera planta y nos dirigimos al apartamento, el cual era un estudio, pequeño, pero justo para una persona, me pareció que encajaba a la perfección con lo que estaba buscando por lo que rápidamente cerramos el trato. Ya tenía lugar donde vivir, peculiar pero genial.

Esa misma noche volví a Madrid para empezar a recoger mis cosas. Seguía con cierta sensación de nerviosismo, algo menos ya que había solucionado el problema del alojamiento.

Pasé el fin de semana entre cenas y fiestas de “despedida” y llegó el Lunes, el momento de la partida. La mayor parte del viaje lo pasé durmiendo, ya que conducía mi padre y recuperando las fuerzas perdidas los días previos. Llegué a Sevilla y subí todas mis pertenencias al piso, las coloqué, cené y me fui pronto a la cama, había que estar al cien por cien el primer día.

Y el día llegó, con ese cosquilleo típico del primer día de clase en el colegio. Me desperté pronto para ir con calma al estudio, ¡no podía llegar tarde!. Mi padre me acompañó hasta la puerta, me deseó suerte, se despidió y me dejó sólo ante el “peligro”.

Recuerdo que me impresionaron varias cosas, quizás banales, antes de entrar. La primera fue que todo el edificio era el estudio y la segunda era que en la ventanilla de secretaría que daba al hall de acceso había un vinilo translucido donde se leía “Cruz y Ortiz arquitectos”.

Llamé a la puerta y me recibió Rosa, la secretaria, se presentó, me dio el “pack de bienvenida” que consistía en un cuaderno de hojas blancas personalizado, un boli, un portaminas, una goma y un paquete de post it. A continuación me fue enseñando el edificio y presentando a todos los miembros del estudio. En la planta baja se situaba el grupo de administración y una sala con 5 arquitectos que se encontraban trabajando en el proyecto del Campus de la Salud de Granada. En la primera planta se encontraba el despacho de Antonio Cruz y de Antonio Ortiz, la biblioteca, la cocina y sala de videoconferencias. Entramos al despacho y allí se encontraban los jefes trabajando en una mesa llena de papeles de croquis, a Antonio Ortiz lo había conocido en Madrid, en la entrega de las becas, con Antonio Cruz era la primera vez que hablaba, en ese momento no tenía nervios, si no sensación de respeto hacia unos grandes arquitectos de los que tenía la intención de aprender lo máximo posible. Seguimos subiendo y llegamos a la segunda planta, donde se encontraban mas salas, entre ellas una sala de trabajo con 8 arquitectos jóvenes. Al entrar allí tuve una extraña primera impresión, los que días más tardes se iban a convertir en compañeros de trabajo y más tarde en amigos me parecieron un grupo selecto al cual nunca iba a poder acceder, trabajando en proyectos y concursos increíbles. Continuamos el ascenso y llegamos a la última planta, el “gallinero”, era una única sala donde en ese entonces solo había una persona allí, Jesús, un becario de la Cámara de Comercio de Sevilla, el cual iba a ser a parte de en la mayoría de los casos mi compañero de tarea, mi vínculo con la vida y las quehaceres sevillanos.

Una vez colocado en mi puesto de combate y configurado mi equipo me puse a realizar mi primera tarea. Se trataba de empezar a organizar una serie de proyectos para una futura monografía que iban a publicar de Cruz y Ortiz. Pero a penas comencé me llamaron y dijeron que bajara el ordenador a la sala de trabajo de la segunda planta ya que necesitaban ayuda para el concurso que estaban haciendo. Eso fue una gran noticia, porque nunca había participado en un concurso de arquitectura y era algo que quería experimentar, además era el concurso para la realización de un atrio de acceso para la Alhambra, ¿no había proyecto en mejor lugar para empezar!. Rápidamente me puse a trabajar siguiendo las indicaciones del chico de la sala encargado de ese concurso. Aunque no trabajaba directamente con Antonio Cruz y Antonio Ortiz, si seguía con atención las correcciones que a él le hacían. Fueron dos semanas de mucho trabajo, incluyendo horas extras y fines de semana, pero merecían la pena, no quería que acabasen. Fueron jornadas muy productivas y didácticas, no sólo en cuanto a la gestión de un concurso, la optimización del trabajo y técnicas de dibujo e impresión, si no también proyectualmente. Fue un comienzo muy motivador, no sólo había colaborado en un concurso, además era para un proyecto en la Alhambra, compitiendo contra otros grandes arquitectos como Siza (el cual ganó) y como colofón, una vez hecha pública la resolución del mismo, los paneles fueron expuestos en el palacio de Carlos V. Fue una sensación increíble, era como estar jugando en un equipo de Primera División.

Después de este inicio de ensueño llegaron tareas más duras y menos motivadoras. En ese momento se estaba realizando la nueva página web del estudio. Un proyecto muy ambicioso donde se colocarían todas las obras del estudio, tanto construidas, como proyectos y concursos. Para ello había que organizar toda una lista con los cientos de edificios que han salido de la oficina, retocar fotos y planos de las misma y subir todo desde el administrador web. Además había que escanear todas las publicaciones donde saliese una obra de Cruz y Ortiz. Fue un trabajo muy sacrificado, ya que requería mucha dedicación, y no suponían una motivación excesiva para un arquitecto. Pero de todo se aprende, y esta tarea me sirvió para revisar toda la obra integra del estudio, desde 1970 hasta hoy en día, ver que tipo de concursos y proyectos se hacían hace 30 años, como ha evolucionado la arquitectura de Cruz y Ortiz, cuales han sido sus inquietudes proyectuales, sus invariantes, como situar las obras en su contexto social, económico y político.

Como paréntesis a esta tarea llegó la colaboración en el concurso para la Estación Intermodal de La Coruña, aunque la implicación en este concurso fue menor que en el anterior, me sirvió para consolidar lo visto y aprendido en el de la Alhambra.

Para ese entonces ya me había adaptado perfectamente a la ciudad, la relación con mis compañeros era cada vez mejor, quedábamos para tomarnos algo juntos después de trabajar, para salir los fines de semana.

El ambiente en la sala de trabajo, aquella que en su día me parecía que estaba llena de jóvenes arquitectos inaccesibles, era increíble. Siempre hubo mucho compañerismo y las jornadas de trabajo se amenizaban con música y en los momentos de descanso con conversaciones y discusiones sobre innumerables asuntos. Era la primera vez que compartía puesto de trabajo con tantas personas y fue muy enriquecedora ya que de cada compañero aprendí algo, tanto en asuntos de trabajo como en otros aspectos de la vida.

Se crearon varias costumbres y se continuaron con otras, como la de ir a comprar, cada día una persona, el aperitivo de las 12 a la tienda de abajo, ir a la tienda de tappers del mercado para comprar la comida o la de comer todos los viernes juntos en un bar de tapas o en el "chino".

Con mi compañero Jesús era con el que más relación tenía, ya que era el más próximo en edad. Me introdujo rápido en su círculo de amigos, llegando a ser uno más entre ellos.

Cogí de lleno la primavera sevillana, disfrutando de su clima, y de sus fiestas, como son la Semana Santa y la Feria de Abril. A pesar de ser una ciudad grande era una ciudad muy folclórica, pero eso le daba su encanto, aunque tengo que reconocer que para mi gusto a veces era demasiado. Eso si, creo que si se va a estar viviendo 6 meses en Sevilla es imprescindible que éstos sean en primavera.

El penúltimo mes de la beca, quizás como recompensa por todo el trabajo realizado para la página web, me dejaron a cargo de la realización de un reformado de un proyecto básico. El proyecto consistía en la rehabilitación de un convento antiguo, casi en ruina, para convertirlo en hotel. El proyecto inicial se había hecho pensando en una configuración de cinco estrellas, pero posteriormente se decidió que por motivos de explotación era más rentable que éste fuera de cuatro estrellas.

La tarea era reelaborar todo el proyecto adaptándolo a esta circunstancia. En el estudio donde trabajaba en Madrid había realizado varios proyectos de rehabilitación, de una escala menor, por lo que me sentía bastante cómodo con la tarea. Fue un mes entero de mucho trabajo pero muy satisfactorio.

El último mes volví al trabajo de la página web, sólo quedaba rematar algunos aspectos de la misma, por lo que todo fue más relajado. Me dio tiempo a reflexionar sobre mi paso por el estudio, darme cuenta de la suerte que he tenido por poder trabajar en un estudio de esta importancia, repasar todo lo que había aprendido y ver que en la mayoría de las ocasiones había estado a la altura.

Y como se suele decir, el tiempo pasó volando y llegué a mi última semana de práctica, sin mucho trabajo ya que hacer, sin muchas cosas ya que aprender, pero con muchos amigos que despedir y muchas experiencias únicas por recordar.